

"TRANSTERRADOS"

Dra. Aurora ARNAIZ AMIGO
Profesora de Teoría General del Estado y Derecho Constitucional
Facultad de Derecho de la UNAM

Palabras leídas por la Doctora Aurora Arnaiz Amigo en las jornadas organizadas por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas y la Asociación de Doctoras en Derecho bajo el título general de "Los Refugiados y el Derecho". En este texto la autora reivindica el concepto de "transterrados" aplicado a los exiliados republicanos españoles de la guerra de 1936. El texto fue publicado en la *Revista de la Facultad de Derecho de México*. Tomo XLII, ns. 185-186. Septiembre-diciembre de 1992.

El tema que me corresponde presentar en el día de hoy, es muy interesante. Con mucha razón, los organizadores de este ciclo, han elegido, y agradezco mucho que sea para mí, el vocablo, Transterrados. En el transcurso de mi pequeña disertación irán comprendiendo ustedes por qué la emoción, del vocablo.

No busque el vocablo en el diccionario. Al menos en los que yo he manejado, no se encuentran. Adelanto diciendo, que fue el gran maestro de Filosofía don José Gaos, el que, mencionó el vocablo por primera vez. Creo recordar que lo hizo en una conferencia en Bellas Artes. Lo manejó en sus escritos, también, y causó mucho desconcierto: transterrados, ir con la tierra, llevarla consigo, residir. El término transterrados es muy distinto, del de refugiado, aislado, exiliado, o desterrado. Curiosamente estos términos no son sinónimos, aunque tienen de común, que la persona no abandonó voluntariamente, su tierra de origen; esta es la característica común: se abandonó forzosamente el país en el que se nació. Es decir, no se decidió voluntariamente dejar el país, lo que imprimirá al refugiado, al asilado político, al exiliado, al desterrado la nostalgia invencible de lo que se dejó.

El asilo no es un fenómeno de hoy. Lo que es en sus específicas connotaciones. Históricamente la causa más común del asilo se ha debido a motivos religiosos. Así en el medioevo europeo, eran los conventos, los templos y los castillos los que concedían la llamada sopa boba. Es decir el extraño llamaba a la puerta en pos de cobijo. Eran caminantes desconocidos a quienes no se le preguntaba la razón de su caminar.

La palabra cobijo cabe para el refugio, pero refugiado ya no es el del cobijo. Refugiado es aquel que recibe protección en un país extraño. En ese sentido, el asilado religioso normalmente, no era un refugiado, porque mientras éste pretende acomodo transitorio, aquél está de paso. En la literatura se ha escrito mucho sobre este problema, e inclusive en la cinematografía. Buñuel, con frecuencia ofrece ideas más o menos rápidas, imágenes que recuerdan el éxodo, a Santiago de Compostela, el gran templo, el recinto, donde dicen que se encuentra la tumba de Santiago. Siempre tiene alguna presentación que no es secuencia de la película, presentando, al caminante que pide asilo religioso, eterno camino de un Santiago, por una manda, una promesa o una penitencia. Por algo que pidió y le fue concedido. Habían que pasar muchos años, y al separarse la Iglesia del Estado con la Paz de Westfalia de 1648, empezó a existir una connotación nueva de asilado. Y ya no es el religioso; es el asilado político, el que busca, fuera de su país, la protección de su vida, porque las posesiones las ha perdido, inclusive, por sentencia del Estado.

El asilo puede ser por causas religiosas, o políticas. En cambio si empleamos el término exiliado, ya es político. No hay un exiliado, expulsado por problemas religiosos; hay un exiliado, lanzado fuera de su tierra, que hubo de salir para salvar su vida, o por no poder convivir con un sistema tan contrario al suyo como fueron los republicanos españoles muchos de los cuales dijeron de aquí nos vamos.

Algunos de ellos, salieron por razones de principios de libertad y democracia; les asfixiaba, el sistema, no, no, podían vivir sin libertad. Y así, hubo los que voluntariamente

dejaron su patria. Se transferraron de ella, con los perseguidos, porque unos y otros tuvieron sed de justicia.

El desterrado es un nombre genérico. Es el que por castigo tiene que dejar su ábitat, su lugar originario. La inquisición desterraba por varias causas. Entre ellas como castigo mayor al de la prisión. Condenado al destierro, fuera de la tierra, por sanción; de manera que mientras no se levantara aquélla, el desterrado no podía regresar.

Sócrates rechazó el destierro que le propusieron sus alumnos y prefirió tomar la cicuta, porque ¿cómo, vivir, se preguntaba, sin los dioses comunes? Y aquí comienza la problemática en la intimidad del sujeto, desterrado, exiliado, asilado político, refugiado, siempre padecerá hasta el final, crisis de identidad; el transferrado, no. Luego explicaremos por qué.

La nota común es la crisis de identidad, el preguntarse obsesivamente ¿Quién soy?, ¿por qué estoy aquí?, ¿por qué ya en mi retina no está, el paisaje, mi gente, mis parientes, mi habitat, el olor de una flor, el sabor de una fruta?

El desterrado, término genérico del refugiado mantiene su crisis de identidad. Por bien que esté en el país que lo ha acogido, como es el caso de México lo que es reconocido internacionalmente.

¡Pero aquí no están nuestros padres!, ¡No está nuestra escuela!, ¡No está nuestra Universidad! No está, tampoco aquel viejo maestro a quien no comprendimos, ni nuestros parientes mayores, ni aquellos abuelos vestidos provincianamente con arreglo a los trajes típicos de las comarcas en que nacieron. Que venían de tarde en tarde a la casa, que nos traían bollos, nuestros bollos, dulces caseros que eran, nuestros dulces caseros.

El refugiado comienza, por no estar seguro de pertenecer a la tierra, a la tierra que dejó, ni a la tierra que adquirió, de forma que, pasarán muchos años hasta que pierda el sabor de la comida, hasta que en su retina se vaya acostumbrando, a las nuevas gentes, al nuevo hábitat, a la tierra que tiene un olor distinto cuando llueve. Habrá de hacer suyo todo esto más el paisaje, la temperatura, el clima, los hábitos, los convencionalismos sociales. En los lugares donde el idioma fue el mismo, la adaptación se hizo más fácil. Sin embargo hubo que adentrarse en lo peculiar de cada pueblo diferente al que dejó.

El refugiado va dejando de ser lo que era. Mientras mantiene la crisis de identidad y la lucha consigo mismo no sabe por qué. No sabe lo que está perdiendo, ni lo que está adquiriendo, porque algo se rompió brutalmente cuando estalló la guerra: eran en aquel entonces jóvenes provincianos idealistas románticos con fe incommovible, en aquel lema, de fraternidad, legalidad, y de igualdad.

¿Qué se hizo entonces de nosotros? o mejor aún ¿qué nos hicieron? Éramos idealistas russonianos, que no teníamos sitio en aquel arrollador avance de materialismo, que contribuyó a la aparición del racismo característico de la primera mitad de nuestro siglo, y con los nombres que van unidos a esta situación, que hoy es ya historia.

Son los nombres de Hitler Mussolini, Oliveira Salazar, Hiroito, y Franco, todo un camino equivocado, porque la violencia, engendra violencia, y no soluciona nada. Aquella ilusión social, por hacer algo distinto, por ser diferentes, pero por ser mejores, por tener un cúmulo de idealismo y de visión de lo que podía ser la patria cuando, dejara de ser lo que era, para mejorar. ¿Qué se hizo de aquellas gentes?, ¿qué se hizo? Hubo que comenzar de nuevo. Debíó de ser aún más difícil, para aquellos asilados que hubieron de establecerse en lejanas tierras de estepas nevadas, de idiomas extraños, y fueron afortunados, quienes desembarcaron en los litorales de América Latina; entre estos afortunados, los fuimos más, quienes, llegamos a México.

No voy a repetir en la tarde de hoy, lo que ya es sabido, la generosidad de sus gentes, de las autoridades, de las leyes, porque de esto ya se ha hablado mucho, y yo quiero hacer algo, lo estoy haciendo ya, de la propia intimidad de nosotros la propia psicología, la lucha, y, al final de aceptación.

Sabido es, que el extranjero que llega a quedarse en México, lo descubre con asombro. México se va adentrando en él, sin que lo sepa, yo diría que a pesar de él; sus hospitalarias y tiernas gentes, su ternura en el idioma que no es debilidad sino fortaleza como asistimos en su trato suave, su hablar como quedó a veces colmado, de eufemismos, para no herir, ni ser herido. Es un señorío muy peculiar, que provienen para mí sin duda, de las viejas raíces mesoamericanas, porque el español con el idioma trajo la brusquedad de su decir directo, que a veces suena en los oídos y rebota. En Mesoamérica no era así, las gentes hablan sus idiomas autóctonos y en toda Latinoamérica hay un tono suave, cantarino, pero en cada uno, de los países es distinto.

A lo que mi experiencia alcanza, todos los planes que se hacían, en el principio de nuestro derrotado arribo, tenía la pretensión de provisionalidad. Creíamos que habíamos llegado para irnos, pero para irnos enseguida. Teníamos que regresar, por una razón poderosa, porque ahí quedaron nuestros muertos, y ellos también jalaban de nosotros, con hilos invisibles. Lo que ignorábamos en aquel principio es que la provisionalidad iba a ir desapareciendo que acabaríamos todos nosotros adquiriendo, sino el acento, el tono suave de los nacidos en estas tierras. Y que los hilos que ya no eran, invisibles, acabarían jalando de los muertos, que aquí tenemos, con hilos visibles.

Decía o, que el México, asombroso, mágico, se iba adentrando en nosotros sin saberlo, pero también hay algo que conviene recordar. Es el concepto de nacionalidad, aportado por Weber. Se es nacional de un lugar; se adquiere la nacionalidad con el trabajo cotidiano de entrega, de servicio a la comunidad. Quizás tardamos muchos años en encontrar este principio de Weber, pero ya para entonces éramos transterrados.

Porque no es el ajeno y lejano lugar que la circunstancia no elegida, te concedió el que el tiempo se encargará de hacerlo tuyo, sino tu participación comunitaria. Este concepto es más convincente que el de Miguel Unamuno cuando afirmó que no se es del lugar en que se nace, sino en el que se padece.

El filósofo José Gaos gran conocedor del lenguaje fue el primero en alzar su voz, al cabo de algún tiempo... no somos exiliados... gritó, sino "transterrados", ¿transterrados?, ¿y eso qué es?, dijeron nuestros mayores, nuestros padres refugiados... ¡no! ... nosotros somos refugiados, hasta el extremo, que extremo, qué a alguno de nuestros maestros, los alumnos cariñosamente le llamaban don Cuco, por lo de Refugio:... ¡no! ... nosotros somos refugiados... y nada de crisis de identidad, somos lo que hemos traído. Y a veces, cuando mucho se grita algo, es porque ya no se tiene razón, y porque ya no se es. El filósofo empleó la palabra transterrados, y lo empleó bella y conmovedoramente, porque en efecto, los refugiados españoles estaban dejando de ser refugiados. Estaban dejando de ser exiliados. El asilo quedó atrás. Lo decían los hogares formados, la familia creada, la profesión realizada. Entonces, hemos continuado en nuestra tierra. ¿Qué quiere decir esto? ... ¿qué somos de allá, pero que pertenecemos acá? Al principio de nuestra llegada, los jóvenes como que no nos percatábamos demasiado del significado del nuevo vocablo. ¿Será que la tierra vino con nosotros?, nos preguntábamos, cuando leímos al maestro Gaos. O más aún, ¿es que no somos la tierra misma?

León Felipe, dijo de nosotros, los que con tanto énfasis nos decíamos entonces republicanos españoles, que nosotros trajimos la voz. Nos lo dijo, lo recuerdo, en una memorable velada, con esa voz que tenía, única. Nos lo dijo en una conferencia memorable en, Bellas Artes: ¡somos la voz, la voz ha venido con nosotros!

El tiempo nos demostraría, que estos buenos deseos del gran y querido poeta no eran ciertos, porque la voz se quedó allá. Nosotros trajimos el eco, y por ello, al rebotar nuestra voz sobre los árboles, los muros, las calles, las casas, eran otros los sonidos lo que se nos devolvían, porque nosotros íbamos dejando de ser aquello que fuimos. Éramos otros, sin saberlo, o sin quererlo. ¿Qué éramos?, ¿qué somos? Para obtener una respuesta correcta tendremos que preguntarnos, con arreglo a la definición de Max Weber, ¿qué es lo que hicimos? ¿qué es lo que estamos haciendo en la patria que acabó siendo nuestra, y a la

que nos entregamos con hidalguía Estudiando, investigando, siempre atentos a la labor pendiente, ¿dónde acabó el exilio para el refugiado español?, ¿cuándo el transterrado comenzó a serlo? sin saberlo y sin quererlo, a pesar de él, en muchos casos, sobre todo en la gente de cierta edad.

Posiblemente el filósofo Gaos, se adelantó. Dio como presente lo que pertenecía al futuro. Durante algunos años y para algunos españoles el intenso dolor de no poder olvidar, los convirtió en estatuas de sal. Miraban, miraban intensamente al pasado, y sus ojos no veían más, continuaban inmutables con sus hábitos y costumbres, hablaban de sus comidas, de sus guisos, y de sus frutas. Siguiendo la costumbre de la provincia española hacían tertulias en las trastiendas de las farmacias, y en los cafés, y se enfrascaban, españoles al fin, en eternas discusiones, vocingleras sobre lo divino y lo humano, pretendiendo tener razón siempre, sin prestar oído al interlocutor, y de pretender tener la solución contra todos los problemas imperantes, ¿conmovedores tiempos, conmovedoras y queridas gentes?

Creo que no se ha investigado lo suficiente, lo que fueron las tertulias de los republicanos españoles, en el "Tupinamba", y en el "Papagayo". Creo que estaba el primero en las calles de Bolívar, y creo recordar también que el segundo, estaba por la Av. Juárez. Ahí se dejaban llevar los nuestros por la nostalgia y con cierta frecuencia volvía a correr el borrego, de que: ¡ahora sí, murió Franco! o de que ¡ahora sí, cayó Franco!

En cierta ocasión, en la Embajada de la República Española, el que fuera embajador muy querido, en los círculos españoles, el señor Feduchi, brindó con champaña, con los muchos españoles que acudieron a la Embajada a festejar el acontecimiento de la muerte de Franco. No fue así. Fueron éstas y otras situaciones semejantes, producto de la nostalgia que invadió al refugiado español lo que no impidió la entrega incondicional a la cátedra, a las editoriales numerosas, a las casas de España, al Fondo de Cultura Económica.

Los primeros transterrados fueron menos viejos entre ellos, y los que llegamos jóvenes, a México, recordamos las librerías Cristal; recordamos a la España peregrina, la filosofía teológica de Gallegos Rocaful, aquellas discusiones interminables entre Bergantín y Larrea, en la editorial de Bergamín. Y fueron pasando los años, nacieron nuestros hijos, y, sus propios hijos, la primera generación nacida en México. Fueron los últimos transterrados, vocablo éste, insisto, pertenece en exclusividad a los refugiados españoles. Algunos soportaron la crisis de identidad, que vieron y padecieron sus padres. Me refiero a la primera generación, asida al vacío de sus padres, de quienes oían relatos que la distancia y la fantasía los hacían fabulosos.

No quisiera terminar sin dejar de rendir reconocimiento a una calidad común de aquellos españoles quienes a partir de 1978 los sobrevivientes, dejaron de poner énfasis en la denominación del vocablo republicano al que se añadían los adjetivos de españoles refugiados.

Me refiero a algo que deseo destacar. No solamente los que vinieron fueron profesionales o gentes con oficios, catedráticos de Universidad. También vinieron políticos, grandes políticos forjados los más; jóvenes, los menos, quienes vieron truncadas, su preparación dedicada y esmerada, para participar de los destinos de su país. Unos y otros sin excepción, cumplieron con el juramento moral de ser respetuosos con las leyes del país, que los acogió y no intervenir "jamás" en su vida política.